Comentarios de la Lección

I Trimestre de 2010
El fruto del Espíritu

Lección 3
16 de Enero de 2010

El fruto del Espíritu es gozo

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido"* (Juan 15:11).

Introducción:

Generalmente hay una cierta confusión entre el significado de *gozo* y *felicidad*. Muchos piensan que la alegría es un estado permanente, superior a la felicidad. Por ello tenemos que recurrir a los diccionarios para obtener el concepto de esas palabras. Con respecto a gozo y felicidad, ¿qué es lo que dicen algunos diccionarios?

- "Sentimiento de complacencia en la posesión, recuerdo o esperanza de bienes o cosas apetecibles; alegría del ánimo" [Real Academia Española].
- "Emoción intensa y placentera por algo que gusta mucho; alegría intensa" [Diccionario Vox]
- "Manifestación de la alegría y el júbilo".

¿Y qué dicen sobre la felicidad estos mismos diccionarios?

- "Estado del ánimo que se complace en la posesión de algún bien; satisfacción, gusto, contento" [Real Academia Española]
- "Estado de ánimo de la persona que se siente plenamente satisfecha por gozar de lo que desea o por disfrutar de algo bueno" [Diccionario Vox].
- "Perfecta satisfacción interior, ventura, contentamiento".

Aristóteles decía que la alegría era momentánea, pero la felicidad proviene de adentro, y es como la esperanza, una voluntad de vivir, luchar, una paz interior. Los filósofos antiguos consideraban a la felicidad como la meta de la vida, y la asociaban generalmente a la virtud, viendo en Dios la fuente máxima de la felicidad.

Consultando la *Enciclopedia de la Biblia, teología y filosofía*, de R. N. Champlin y J. M. Bentes, sobre *felicidad*, encontramos aclaraciones interesantes. Allí se menciona que la felicidad era considerada la meta de la vida. Benthan llegó a decir que la felicidad necesitaba al amor como fuerza motivadora. Norris concordó con los teólogos cristianos al afirmar que la verdadera felicidad consistía en contemplar a Dios. Kant vinculó la virtud a la felicidad. Agustín decía que la felicidad era la meta de la existencia humana. Esta enciclopedia profundiza aún más afirmando que la felicidad es un gran conjunto de circuns-

tancias venturosas que satisfacen la vida, incluyendo dentro de ellas a la alegría. Algunas de ellas son: honra, bienestar, autocontrol, valentía, generosidad, prosperidad, actividad intelectual, actividad física, etc. El perdón, continúa, es uno de los factores esenciales para ser felices, así como la paz interior. Los redimidos son personas felices porque tienen esperanza, y tiene perdonados sus pecados. Y aún más: "ser feliz, de acuerdo con los diccionarios, es ser bendecidos, bienaventurados, animados, afortunados, alegres, prósperos, saludables, exitosos, radiantes, esperanzados".

Por lo tanto, la alegría es apenas un ingrediente de la felicidad, mucho más amplia. Si falta alguno que otro de esos ingredientes, no nos convertiremos en infelices. Por ejemplo, si estamos tristes por algo que nos ha ocurrido, no por ello nos convertiremos en infelices. Si perdemos algo, no nos volveremos infelices, pues sólo está faltando apenas uno de los ingredientes. El infeliz es aquél que, fundamentalmente, ha perdido la esperanza para su vida, su significado, y que ya no percibe la posibilidad del perdón. El antónimo de *felicidad* es *infelicidad*, un estado del cual difícilmente se sale, tal como lo enseñó Jesús en sus bienaventuranzas. Estar triste es un estado momentáneo y pasajero, pues los tristes pueden no estar en la condición de infelicidad. La tristeza, así como el gozo –al contrario de lo presentado en la lección– es un estado resultante de los hechos, mientras que la felicidad es un estado más permanente y más bien fundamentado en varios hechos y motivaciones íntimas, que abarcan desde lo que se cree (factor permanente) hasta lo que sucede (factor temporal).

O sea, "la felicidad proviene del interior. Es como la esperanza, una voluntad de vivir, de luchar, una paz interior. La alegría es momentánea, como ya lo decía Aristóteles… La felicidad no depende de la tristeza, de la alegría, del deseo o del placer. Ella sólo está allí, sólo nos sostiene en los momentos difíciles y llena nuestro interior. Para mí, ¡la felicidad es Dios! No depende si estás triste, alegre, enfermo, sólo, con deseos de algo o en estado placentero. Él está allí. Es como una garantía de felicidad. La felicidad está dentro, se construye y no se encuentra en algún momento, en los bienes materiales… ¡Es más amplia!".

No obstante, siempre que encontramos a Dios, nuestra alegría aumente y amplía la felicidad. Pero cuando tropezamos y pecamos, y nos entristecemos por ello, la tristeza nos lleva generalmente al arrepentimiento. Cuando pecamos no nos volvemos infelices, eso sólo sucede sólo cuando perdemos la esperanza del perdón y la salvación.

El mandato de regocijarnos

Filipenses 4:4 dice que el cristiano vive siempre gozoso en el Señor. La expresión "siempre gozosos" significa felicidad permanente, esto es, esperanza basada en un conocimiento sólido, en promesas garantizadas en algo que es bueno en gran manera. En otras palabras, aquí pueden sucedernos cosas malas: los gobiernos pueden robarnos, tal vez ni confiemos en ellos; las personas pueden empeorar cada vez más y la vida imponernos cada vez más amenazas; podemos incluso perder la vida; antes de eso, podemos atravesar grandes sufrimientos, persecuciones y situaciones extremas, perdiendo amigos, enfermedades graves. Y todo eso nos puede llevar a la tristeza, pero no puede quitar de nosotros el estado permanente de felicidad que tienen aquellos que confían en el Creador y Salvador y que por ello tienen esperanza, uno de los muchos ingredientes de la felicidad.

¿Por qué podemos gozarnos en los mandamientos del Señor? Los mandamientos fueron establecidos para llevar gozo, no tristeza. Son buenos. Si son seguidos, mejorarán nuestra calidad de vida aquí mismo, en la tierra. Son la receta para una vida superior, y su obediencia nos garantiza la permanencia en la salvación que Cristo nos dio. La observancia de los mandamientos hace que evitemos nuevos pecados, por lo que confirma la aceptación de la intercesión de Cristo, y ratifica de parte nuestra la aceptación de su perdón. Somos salvos por Cristo muerto en la cruz, eso es verdad, pero permanecemos salvos obedeciendo. Y esa obediencia es para nuestra felicidad, tanto en lo presente como en lo futuro; y mucho más para el futuro. Obedecer significa estar en sintonía con el amor, que es Dios, y eso sólo puede ser motivo de felicidad.

El gozo de Cristo

Dos preguntas se vuelven inevitables en esta instancia: ¿En qué consistía el gozo de Cristo? Y ¿en qué consiste nuestro gozo? Porque Él era alegre, y porque nosotros somos alegres. Eso quiere decir que somos un pueblo feliz, como Cristo lo fue. El tuvo momentos de tristeza, pero nunca fue infeliz.

Analicemos la primera pregunta: ¿Por qué Jesús vivía gozoso, por qué era feliz? Porque había venido a rescatar a aquellos que se habían perdido, y estaba seguro de la victoria, aunque ella dependiera íntegramente de Él. Supongamos que alguien secuestra a tu hijo. Eso seguramente te dejaría muy triste. Pero tú luchas incansablemente para encontrar a tu hijo, y esa lucha te da esperanza, y la esperanza impide que te conviertas en infeliz. Los momentos de alegría pasados te convierte en un luchador que jamás desistirá, porque es tu hijo. En el momento en el que desistas, en el que pierdas la alegría de vivir, te convertirás en una persona infeliz, sujeta a depresión. Pero uno de esos días consigues datos seguros de que tu hijo está vivo. Se aviva la esperanza y hay momentos de gozo. Hay pistas ciertas y la policía trabaja incansablemente. Un día se encuentra el lugar donde está cautivo, y tú vas allí y rescatas a tu hijo, vivo, aunque cansado y maltratado. El rescate y el reencuentro es tu motivo más intenso de gozo. El hijo está de regreso en casa…

Eso es lo que sucede en las tres parábolas que se mencionan en el estudio correspondiente a este día. La oveja perdida, que sabía que estaba perdida pero que no podía volver, regresa alegre junto con su pastor. El reencuentro fue emocionante. La moneda, inconsciente de su situación, ni sabía que estaba perdida, ni sabía cómo volver. Al encontrar su moneda, su dueña quedó feliz. La moneda ilustra al pecador que no percibe su situación de desgracia, y vive en el mundo sin saber lo que es ser feliz. Pero cuando es encontrado, descubre otro estilo de vida, un estilo superior, de felicidad eterna.

El hijo pródigo, que se perdió por voluntad propia, no por descuido como lo fue en el caso de la oveja, sabía que estaba perdido y sabía cómo volver. Cuando decidió hacerlo ya se sintió mejor. Cuando él y el padre se vieron, fue un momento de gozo intenso para los dos, tanto que el padre decidió dar una gran fiesta.

Lo que tienen en común estas ilustraciones es el rescate. En todas ellas hubo motivo de gozo.

¿Y nosotros? Jesús sufrió mucho, pero su misión aportó mucho gozo. Cada vez que un pecador se entregaba a Él, era motivo de alegría. Hasta hoy es así, el hecho de que un pecador se arrepienta es motivo de júbilo en el cielo, desde Dios hasta todos los ánge-

les. Tenemos motivos para gozarnos porque nuestra salvación está garantizada. Nos queda, de nuestra parte, entregarnos con humildad a nuestro Salvador, que el Espíritu Santo nos transformará para ser cada vez más semejantes al Altísimo.

Gozo en la obediencia

En este mundo viejo y desamparado, obedecer es algo anticuado, denota a alguien sin entendimiento y sin autonomía, que no saber ser libre. En pocas palabras, es un pobre desgraciado, que es útil para los demás pero no para el mismo.

Pero a través de la Biblia sabemos que sucede todo lo contrario. La nobleza de un ser humano está en su obediencia. ¿Cómo entender tal contradicción?

Para quien experimenta el conocimiento de la naturaleza divina, entender esta contradicción es muy fácil. En el mundo se publicita la independencia de las ideas y las actitudes. Pero, ¿independencia de qué? Cada vez más somos bombardeados por los medios respecto de lo que debemos hacer. Insisten en lo que tenemos que vestir, en que tenemos que comer, cómo pasar los momentos de ocio, cómo adornarnos, cómo modificar nuestros cuerpos (siliconas, tatuajes, adornos, *piercing*, cortes, agregados, sustracciones, etc.), lo que tenemos que ser, dónde ir, que hacer en las vacaciones, qué hacer toda la noche, cuánto ha sido superado el matrimonio y la familia, cuánto el creer en Dios es algo del pasado, cuánta tontería hay en la lectura de la Biblia… El mundo obliga a las personas a ser aquello que algunos supuestos expertos sometidos a Satanás quieren que todos sean, y consiguen transmitir la idea de que ser esas *cuasi* imposiciones, se es libre. Insisten en recalcar que siguiendo las determinaciones que vemos en los medios, seremos libres. En rigor de verdad, son todos esclavos, y ni siquiera se dan cuenta de ello. En estos días hay una publicidad sobre la “nueva mujer”, que significa ser linda, y –para eso– necesita maquillarse. Esta propaganda es ofensiva para las mujeres, pues está diciendo que ellas, al natural, son feas, cosa que no es verdad. Nos dice que necesitamos pasar las noches dando vueltas, bebiendo alcohol, consumiendo drogas, y afirman que eso es diversión, que es verdadera libertad. Se transmite la idea de que vivir feliz es separarse del cónyuge, y dejar a los hijos sin el amor de los dos. Se dice que ser feliz consiste en disfrutar del amor libre, sin compromiso, cosa que no pase de un mero acto genital vacío y sin sentido, apenas con sensaciones momentáneas. Se confunde al amor con el placer, y ya no se sabe qué el amor es Dios, y que la verdadera felicidad no depende de todas esas cosas sino de –fundamentalmente– estar ligado a la promesa de un futuro perfecto y eterno.

Analizándolo bien, los seres humanos son casi obligados a vivir según los intereses de otros, que los dominan todo el tiempo, y que son los intereses económicos. Y por detrás de esos intereses económicos, ¿sabes que existe? Otros intereses, llegando hasta el de apartarnos de Dios para adorar a Satanás. El poder del dinero abre las puertas para la adoración de aquél que quiere ser semejante al Altísimo. Y las personas creen que vivir así es ser libre… No sólo se convierten en esclavos de intereses económicos motivados por el lucro, sino que se convierten en rehenes de la adoración a un enemigo mortal, que se dirige a la destrucción y la muerte, y que con él se irán todos los que crean en esa falsa libertad.

Una vez más se hace necesario utilizar como ejemplo a las mujeres. Aquellas mujeres cristianas, que viven un estilo de vida sencillo y saludable, que se aman y son amadas cada un por su respectivo marido, cuando llegan a una edad media, cuando llegan a la

etapa de los cincuenta años, predican un sermón de los más poderosos del mundo. ¿Y sabes por qué? Porque son bellas, parecen más jóvenes, son saludables y felices. Donde están, esparcen la alegría de vivir con la esperanza y la certeza de la vida eterna. Una mujer así aparente como mínimo diez años menos. Pero… ¿qué es lo que el mundo dice? Que ellas no saben aprovechar la vida. Los hombres del mundo, insisten en decir que saben lo que significa aprovechar la vida y saber lo que es ser libres. ¿Será verdad?

Obedecer a Dios, ¿cómo esto puede significar libertad? En primer lugar, obedeciendo somos más saludables, nos enfermamos menos, vivimos mejor, tenemos mejores relaciones en el hogar, tenemos esperanza de vida eterna en felicidad. Sólo con eso sería suficiente para sentirnos libres y felices, ¿no es así? Pero hay más…

¿Obedecer a quién? A Dios, que es amor, infinitamente poderoso, y que nos ama, considerando lo que Cristo hizo en la cruz. El quiere otorgarnos lo máximo de su poder creador y creativo, una eternidad llena de novedades, de alegría y felicidad. Él mismo será una experiencia de tremenda felicidad, sólo con estar cerca de Él, algo que hoy no se puede siquiera describir.

Teniendo en cuenta todo esto, ¿qué es obedecer? Es ser libre. Los mandamientos de Dios no son imposiciones, son aceptados libremente, y representan la instrucción acerca de cómo se ama a Dios y cómo se ama al prójimo. Cuando sabemos amar, entonces podremos ser plenamente libres, tanto para hacer el bien como el mal. Cuando sabemos amar de verdad, esa libertad será puesta delante de nosotros. Y por tener la inteligencia del amor, no escogeremos el mal, no tendremos por él interés. No iremos a querer competir (como ejemplo de esto, observa a un fanático de fútbol cuán airado queda cuando es burlado cuando su equipo pierde…) sino siempre querremos servir. En estas condiciones podemos ser verdaderamente libres, pues la Ley libera. Contiene el principio de la libertad, que es amar. Quien ama de verdad, puede ser libre en todo pues, tal como Dios obra, jamás deseará hacer algo malo. Su interés estará volcado a la felicidad de todos, no a mezquindades egocéntricas. Sólo los que son verdaderamente libres son verdaderamente felices.

Gozo en tiempos difíciles

En este mundo, Jesús nos alertó, pasaríamos aflicciones. Todos estamos sujetos a las aflicciones, tanto los buenos como los malos. Todos aquí sufren, los salvos y los perdidos.

Pero, ¿no hay una garantía de protección para los hijos de Dios, protección para los que siguen a Jesús? Sí, pero pareciera que no siempre se aplica, y en todas las ocasiones, ¿no es así?

No. No es así. Notemos los siguientes párrafos:

"'Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo, y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe' (1 Juan 5:4).

"Los apóstoles edificaron sobre un fundamento seguro, la Roca de los siglos. Sobre ese fundamento colocaron las piedras que extrajeron del mundo. Los edificadores no hicieron su obra sin afrontar obstáculos. Tuvieron que luchar contra el fanatismo, el prejuicio y el odio de los que edificaban sobre un fundamento falso. […] Reyes, y gobernantes,

sacerdotes y magistrados, procuraron destruir el templo de Dios. Pero frente al encarcelamiento, tortura y muerte, hombres fieles llevaron la obra adelante, y la estructura creció hermosa y simétrica. […] Siglos de fiera persecución siguieron al establecimiento de la iglesia cristiana, pero nunca faltaron hombres que consideraban la edificación del templo más preciosa que su propia vida…”

“El enemigo de la justicia no escatimaba ningún esfuerzo para detener la obra encomendada a los edificadores del Señor. Pero Dios ‘no se dejó a sí mismo sin testimonio’ (Hechos 14:17.) Se levantaron obreros capaces de defender la fe dada una vez a los santos. La historia registra la fortaleza y heroísmo de esos hombres. A la semejanza de los apóstoles, muchos de ellos cayeron en sus puestos, pero la construcción del templo siguió avanzando constantemente. Los obreros fueron muertos, pero la obra prosiguió. Los valdenses, Juan Wiclef, Huss y Jerónimo, Martín Lutero y Zwinglio, Cranmer, Latimer y Knox, los hugonotes, Juan y Carlos Wesley, y una hueste de otros, colocaron sobre el fundamento materiales que durarán por toda la eternidad. […] Podemos mirar hacia atrás a través de los siglos, y ver las piedras vivas de las cuales está compuesto, fulgurando como luces en medio de las tinieblas del error y la superstición. Durante toda la eternidad esas preciosas joyas brillarán con creciente resplandor, testificando del poder de la verdad de Dios. La centelleante luz de esas piedras pulidas revela el fuerte contraste entre la luz y las tinieblas, entre el oro de la verdad y la escoria del error” [Elena G. de White, *Hechos de los apóstoles*, pp. 4476-479].

La historia del pecado es la historia de una guerra. Y no podemos esperar que haya bajas en uno solo de los dos bandos, en el de Satanás. Dios protegió a algunos de sus hijos en el pasado de la primera muerte, y continúa haciéndolo hoy, pero no protege de esa muerte a todos los que ama. Ese fue el caso de Daniel en el foso de los leones, por citar un ejemplo. Pero no todas las veces Él actúa así. La protección proviene de su voluntad, puedes estar seguro de ello. Tiene su criterio para decidir si protegerá o no a alguno de nosotros en las muchas situaciones de peligro mortal. Ese criterio es nuestra vida eterna, y la vida eterna de personas vinculadas a nosotros. Por ejemplo, si tú o yo, en caso de morir hoy, si eso nos libera de la pérdida de la vida eterna mañana, ¿no sería inteligente de parte de Dios permitir nuestra muerte hoy? Dios conoce el futuro. Pero más allá de eso, Él sabe lo que hace, y todo lo que hace será por amor.

Gozo duradero

El estudio de la vida de Moisés puede aportar sabiduría para la vida en estos últimos días en esta tierra. Ese hombre de Dios tomó decisiones correctas y equivocadas pero, más allá de ellas, Dios dirigió su vida, pues él se lo permitió.

Para empezar, la madre de Moisés lo educó en los principios divinos. Lo afirmó en esos principios sabiendo que a los pocos años sería llevado al palacio, y desde allí en adelante, ya no ella, sino los principios que había inculcado en él, serviría como directrices en su vida. El muchacho fue al palacio y aprendió muchas cosas, estudió la ciencia de la época, se convirtió en un intelectual de elite en Egipto. Pero, al mismo tiempo, nunca se apartó de las enseñanzas de su madre. He aquí la primera lección para los padres y madres de nuestros días. Eduquen a sus hijos mientras sean pequeños. Muy pronto estaremos siendo perseguidos, y en las persecuciones hay una cosa que seguro sucederá: se separarán los padres de los hijos. La única garantía de protección para los hijos será su fe y el conocimiento que necesitarán para mantener esa fe. Si los padres actúan de

eso modo, se reencontrarán con los hijos cuando Jesús vuelva, en caso de no suceder antes.

Moisés no se olvidó de sus orígenes, ni de su pueblo. Estaba en el palacio, pero en su fuero íntimo, pertenecía a su pueblo. El era un hebreo, no un egipcio. Y continuó firme en la adoración al Dios de su pueblo, nada que ver con los dioses de Egipto. Estaba en Egipto, pero no era de Egipto.

Un día, cuando en sus visitos vio a un egipcio maltratando a un israelita, sintió la necesidad de tomar partido, y no tuvo dudas de ubicarse del lado de su pueblo, y terminó matando al egipcio. En eso se equivocó, podría haber orado, en aquél momento, pidiendo orientación de lo algo, para saber qué hacer. Otra lección para aprender. En los momentos de crisis lo que menos hacemos es orar, pero es en esos momentos en que más necesitamos a Dios. Es especialmente cuando arrecia la tentación cuando la oración se vuelve nuestra necesidad suprema. Y sepámoslo, esas oraciones con pedidos de ayuda, Dios siempre las contesta inmediatamente, a veces incluso antes de terminar la oración.

Moisés huyó al desierto. Abandonó Egipto. Aparentemente, al huir para no ser muerto, dejó Egipto por conveniencia personal, no como dice Hebreos 11:24, 25, que lo hizo por rechazar los placeres transitorios de Egipto. Había matado un egipcio, y sabía lo que iba a sucederle por ello, así que huyó. Pero no fue así…

¿En qué momento Moisés tomó la decisión de no aprovechar los deleites paganos de Egipto? No fue en un solo momento, sino fue una decisión de toda la vida, desde su infancia, desde que aún estaba con su madre. Desde el momento en que el niño entró en el palacio en Egipto, su mente estuvo volcada hacia el hogar de su madre, hacia su pueblo. Nunca se convirtió en un egipcio, nunca permitió que las honras superaran el concepto en su mente de que era hijo de patriarcas y que había una promesa de parte de Dios que estaba por cumplirse. Esa fue una decisión reconfirmada en muchos momentos de su vida, o sea que Moisés se mantuvo fiel a las enseñanzas de su madre. Dios vio eso, y percibió que este hombre podía ser el futuro líder para retirar a su pueblo de la aflicción. Un acto irreflexivo de matar a un egipcio para libertar a un israelita podría haber parecido un precedente para la liberación de todo el pueblo.

¿Y dónde estaba el gozo de Moisés? ¿En salir del palacio apresuradamente para huir al desierto? ¡No! ¿Estaba en el hecho de poder escapar de la corte marcial en Egipto y, seguramente, ser muerte por ese asesinato? ¡No! ¿Estaba en el hecho de vivir en una tierra extraña, lejos de su pueblo? ¡No! ¿Estaba en el hecho de haberse casado con la mujer que amó? ¡No sólo en eso! El gozo de Moisés estaba en haber negado a su Dios, en haberse mantenido fiel a ese Dios y a su pueblo, en haber continuado siendo un hebreo sin convertirse en un egipcio y –fundamentalmente– en haber mantenido firme en su mente la idea de que algún día Dios vendría a liberar a ese pueblo y que él, junto con todos, alcanzaría una patria superior. Eso ya había sido esperado por Abrahán, y había caminado por la tierra prometida; sus hijos lo había esperado; y Moisés, junto con muchos de su pueblo. También lo esperaban. ¿Dónde estaba la esencia de la felicidad de estas personas? En confiar en el Dios de sus padres, confiar en sus promesas firmes. Y Moisés, ni en sueños, imaginaba que él sería el instrumento de Dios para liberar ese pueblo y concretar el sueño.

Aquí la gran lección es saber que muy pronto la mayor de todas las promesas de Dios se cumplirá: la Segunda Venida de Cristo. Un poco más de fidelidad, un poco de tiempo

más de separación del mundo, de estar en Egipto sin ser de Egipto, y seremos rescatados para llegar hasta aquella Tierra en no sólo tendremos una larga vida, sino vida eterna.

Aplicación del estudio

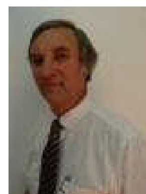
El pueblo de Dios no puede ser un pueblo infeliz. Podemos tener momentos de tristeza, pero –sea cual fuere el motivo– eso no debe volvernos infelices como los que están abatidos. El infeliz es aquél que perdió la esperanza en el futuro y su vida es vacía, siempre llenada ilusoriamente con momentos pasajeros de alegría. Son momentos muchas veces suplidos por las drogas, las diversiones, los placeres transitorios, y muchas otras ilusiones del mundo. El que es feliz, aunque pueda estar triste, en el la tristeza es pasajero. Pero la infelicidad es un estado del espíritu de largo alcance. Ser infeliz es el resultado de la incapacidad de confiar en Dios. Quien tiene fe en Dios jamás será infeliz.

Recordemos la vida de José, el hijo de Jacob. El se vio obligado a irse lejos de la casa de su padre. Quedó muy triste, pero no se convirtió en un joven infeliz. Mantuvo consigo las enseñanzas de su padre. Y se apegó tanto a esas enseñanzas que vivió por ellas. Fueron esas enseñanzas lo que lo mantuvieron ligado a la promesa de que, aún en los días más ruines, Dios siempre estaría junto con Él. Fue eso lo que Jacob aprendió en su lucha con Dios cuando temió a su hermano. Y todo, finalmente, terminó en una gran victoria. Pero hubo días en los que Jacob debió enfrentar malos momentos. Fueron días sin alegría, de tristeza, pero a pesar de ello nunca se convirtió en infeliz. ¿Cuál fue la razón? Jacob nunca dejó de confiar en Dios, porque creía en un futuro mejor.

Así fue la vida de José, hasta que fue escogido, dentro de la prisión, para ser gobernador de Egipto, el hombre más poderoso después del Faraón. De ser preso, directamente a la gloria, en un mismo día. Y siendo extranjero. Así será con nosotros: de ser mortales, presos por las circunstancias del pecado, hacia la gloria de la vida eterna.

Eso significa que aquí pasaremos aflicciones, tendremos tristezas, pero si no dejamos morir la fe, nunca nos convertiremos en hombres o mujeres infelices.

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática